

Sale todos los domingos.

—
4 rs. al mes y 11 por tres meses.

EL GENIO

Se suscribe en las librerías de Grau, frente la Lonja, de Sellas en la Plateria, y de Cazes, Rambla.

SEMANARIO

DE

LITERATURA, ARTES, TEATROS Y MODAS,

BAJO LA DIRECCION

de D. Victor Balaguer.



EL PREMIO DE LA VIRTUD.

—
(Continuacion.)

CAPITULO QUINTO.

PRISION Y LIBERTAD

En una sala retirada y espaciosa, cuyas enrejadas ventanas caian á la parte mas agreste y solitaria del monte, se veía una jóven lívida y descajada como una azucena marchita, al lado de un hombre de orgulloso ademán, que la miraba con la expresion del mas insultante desdén: á cada movimiento de ella, entreabría sus labios para hablarla, pero al verla volver la

cabeza con muestras de despecho, se contenía, esperando mas favorable ocasion.

— «Escucháme Gisela (dijo el baron á quien ya habrán conocido nuestros lectores) escúchame un instante, ya que hace tantos dias que no quieres oírme: esa desesperacion que demuestras es enterámente inútil pues no puede volverte lo que has perdido, ni aun cuando te diese la libertad, serias la misma de otros tiempos: ningun jóven de la aldea ignora lo que hapasado entre nosotros, y ni tu amante ni otro de su clase, te consagrarán su amor. No te queda mas recurso que los destellos del mio, un poco apagado sí, porque se vé satisfecho, pero bastante para una mujer que vé deshojada ya la flor de su existencia; modérate pues, suaviza tu aspereza, serena tu semblante, y júzgate aun por dichosa con merecer mis

recuerdos que algunas de tu clase ambicionarían. — »

—« ¡ Monstruo ! — esclamó la desgraciada — ¿ No te basta haberme arrancado mi mas preciosa joya , haber marchitado mi frente y destrozado mi corazon , haber sufrido por tu causa una cruel enfermedad que ha destruido mi hermosura y un encierro de tres meses, sino aun quieres que me cuente por dichosa y te mire con amor ? ; Infame ! en vano lo intentarás : los malvados como tú , pueden doblar el cuello de sus víctimas pero no su alma : pueden arrancarles la vida , pero no una sonrisa de placer. — »

—« ; Orgullo aun cuando nada te queda ! — Replicó Rodolfo con todo el veneno de una pisada vibora : — ; Orgullo aun ! Yo me encargo de abatirle aunque sea privándote de la vida que es lo solo que posees ! ; Sí , la vida ! Aunque sea á costa de todo te he de dominar ! — »

El ruido que hizo la puerta de la sala al cerrarla con estrépito el baron que acababa de salir , fué la única respuesta á esta sentencia. Gisela quedó sola y desesperada.

Despues de la fatal tarde en que fué robada y conducida al Castillo , se apoderó de ella una fiebre violenta efecto de los padecimientos de aquella noche, que la puso á las puertas del sepulcro, teniéndola un mes en cama como dice ella arriba : apenas convaleciente , se vió forzada á sufrir nuevos insultos del bárbaro castellano , que puso el colmo á su infamia en la escena que acabamos de referir : furioso como el leon , cuando se siente herido por la flecha del diestro cazador , fué á buscar al criado que se la trajo , y le mandó terminantemente que trasladase á su victima á uno de los calabozos mas húmedos del Castillo , y que le diese por lecho una tarima , y por comida agua y pan : el criado obedeció aunque con repugnancia las órdenes del señor , y Gisela fué llevada á su nueva tumba.

En aquella lúgubre y oscura mansion destinada solo á los criminales ,

pasó la infortunada jóven tres meses mas de su vida , durante los cuales acabó de perder sus atractivos. El dolor y la desesperacion habian ajado su belleza , y la insalubridad del calabozo unida al escaso alimento que la daban , habian enflaquecido su cuerpo y alterado su salud. La bella hija de Micer , no era ya mas que una sombra errante , cuya debil existencia iba apagandose lentamente , como los moribundos destellos del sol en un dia de tormenta.

Una mañana en que Gisela , abrumada por su desvelo , se habia levantado mas pronto que de costumbre , oyó abrir la puerta de su encierro , y vió entrar á su antes raptor y entonces carcelero , con un rostro en que se pintaba la mas viva compasion : acercóse á ella y sentandose á su lado la dijo con interés. — « Amable jóven , aunque la suerte me ha puesto en el duro trance de ser tu verdugo , te compadezco , y tu alivio es lo único que deseo : el baron sumamente irritado contigo , ha pedido la mano de una de las hijas del Conde de Namur á quien no conoce , y la esta esperando en breve por tener ya el consentimiento de su padre. El tuyo murió víctima de un accidente la noche de tu rapto , y tu amante ha desaparecido : no te queda nada mas que mi cariño , porqué yo te amo Gisela , y puedo darte la libertad : el precio de ella debe ser tu mano , la que espero me concederas por sacarte del dominio del baron : si me admites , partiremos á un pais desconocido donde aun puedes ser feliz porque nadie sabrá tu historia , y sí me rehusas , solo te aguarda la muerte en esta horrible prision. — »

¿ Que podia responder la desgraciada ? las noticias que acababa de oír eran tan crueles , que apenas comprendió lo que el otro le decia sobre su fuga ; además el sacrificio de su mano le era tan penoso , que no sabia decidirse ni por él , ni por perecer víctima del baron : despues de algunos momentos de incertidumbre , por una de esas resoluciones tan propias de las

mujeres, se volvió hacia Rusthel, (que este era el nombre del escudero) y le dijo con dulzura.

— « Agradezco en el alma la dulce compasión que me mostrais, y para daros una pueba de ello, admito la evasión que me proponéis: ligada sin embargo por una solemne promesa con Franklia, no me atrevo á admitiros á menos que no pasen dos años, en cuyo tiempo haré las diligencias convenientes para descubrir su paradero: sino lo llevo á averiguar en ese tiempo, seré inmediatamente vuestra. — »

Rusthel, estaba seguro de que Arsenio no parecería, porque estaba bajo la custodia de su compañero, así es que no tuvo inconveniente en acceder á esta demanda. Gisela, en la difícil posición en que se hallaba, lo esperaba todo del tiempo, y confiaba en la poderosa protección de Dios: engañados mutuamente, hicieron los preparativos de marcha, y tres días después un ligero corcel, conducía á los dos fujitivos á las fronteras de Suiza.

CAPÍTULO SESTO.

UN RAYO DE FELICIDAD.

La hija del Conde de Namur, Lucinda, cuya mano había pedido el Castellano de S. Jacques, era una hermosa doncella de 20 años, y de un carácter dulce y apacible. Rodolfo no la había visto jamás, y al casarse con ella, no buscaba más que el lustre de su casa, y dar un descendiente á su familia: Lucinda llegó al Castillo el mismo día de la evasión de Gisela, y el barón salió á recibirla, muy ageno de la partida de esta: Voru, amigo de Rusthel y escudero lo mismo que él, el cual tenía la comisión de servir de carcelero á Arsenio, tenía orden de ocultar á su señor la partida de la pobre prisionera, y de tener asegurado á su amante, con toda la cautela que le fuese posible: asi-

mismo lo hizo, y solo después de muchos días cuando preguntó Rodolfo por Rusthel, aclaró el primero la fuga de los dos.

Fácil es comprender el furor que se apoderaría de su alma al ver frustrados sus designios, furor que solo se apaciguó con la vista de su amable esposa: Voru procuró templarle también con mil razones, entre otras la del encierro de Franklia, y al cabo de algún tiempo, desapareció hasta de su mente, el recuerdo de Gisela.

Entanto esta y Rusthel, á favor de una marcha acelerada, habían llegado á Ginebra, é instalado en casa de un anciano sacerdote pariente de Micer: la benevolencia de su carácter le granjeó la confianza de su sobrina que le refirió sus desgracias, y puso todos los medios posibles, para practicar las pesquisas convenientes en busca de Arsenio: cada diligencia de estas aumentaba la impaciencia de Rusthel que deseaba ver cumplidos sus deseos, y hacía nacer una esperanza en el corazón de la pobre jóven que temblaba al ver pasar el tiempo.

Corría este con velocidad para los tres, bajo el hermoso cielo de la Suiza, y transcurrió cerca de año y medio sin que fuese posible encontrar á Franklia; ya empezaba á tocar Rusthel en la cumbre de la felicidad, cuando el cielo que reservaba un consuelo á Gisela después de tanto sufrir, cortó el hilo de su vida por medio de una activa enfermedad cuyos progresos no pudieron atajar los asiduos cuidados de la jóven agradecida al servicio que le prestó: la proximidad de la muerte sin embargo, no arrancó de sus labios la confesión del sitio donde estaba Arsenio, y llevó al sepulcro un secreto que hubiera comprado Gisela á costa de su vida.

Cinco años habían pasado después de este suceso, sin que ningún incidente notable, turbase la tranquilidad que disfrutaba la jóven al lado de su buen tío: hacia ya siete que había sido arrebataada de su hogar, y en tan largo

espacio de tiempo hubiera olvidado ya sin duda este lance, á no conservar siempre en su corazon la imagen de su amante. Acababa de cumplir veinte y dos años, y su belleza aunque sumamente ajada, era aun bastante interesante, á causa de haberse mejorado su salud visiblemente con la calma que gozaba: varios jóvenes ginebreses amaban á la fugitiva normanda, y su pecho hubiera sido en el destierro un templo de oraciones, á no resistir ella abiertamente los obsequios y finezas que la prodigaban.

Una hermosa mañana de primavera en que salió Gisela á pasear por las orillas del lago, halló á su regreso á casa un extranjero á quien de pronto no conoció; herida sin embargo por uno de aquellos impulsos del corazon que jamas engañan, alargó su mano al desconocido pronunciando involuntariamente estas palabras.

— ¡Arsenio!

— ¡Gisela! — exclamó este besando la mano que ella le presentó.

Ya no habia lugar á la duda: el extranjero era Franklia. ¿Mas como habia logrado salir de los oscuros calabozos de S. Jacques? Hé aqui de que manera.

Despues de la partida de Rusthel, quedó Voru por único depositario del secreto de la prision de Arsenio, el cual guardó sobre esto el mas profundo silencio, tanto por el precepto del Castellano, como por los ruegos de su amigo que tenia en ocultarlo el mayor interés: cuando supo la muerte de Rusthel, estuvo casi decidido á darle la libertad, para que se uniese con Gisela, y le sirviera de espacion el procurar su dicha, despues de haber hecho su infelicidad; con todo, como á los malvados les es tan difícil practicar una buena accion, no llevó nunca á efecto su pensamiento, hasta que cinco años despues, en la época de que hablamos, le sorprendió á él la muerte como á su cómplice anteriormente: en este duro trance, menos renitente que Rusthel porque no le ce-

gaba el amor como á este, refirió á otro criado su maldad y le suplicó condujese á su presencia al infeliz prisionero: guiado por las señas que este le dió, fué el citado criado á sacar á Franklia que abrumado de pesares creia que iban á quitarle la vida, y le condujo delante de Voru: al verle este se estremeció, pidióle perdon, y le declaró el lugar donde estaba Gisela, y todo lo que habia pasado; la narracion de sus mismos crímenes acabó de trastornarle, y espiró encargando al otro le sacase de allí, y circulase la voz de que habia muerto: asi mismo lo hizo, y Arsenio libre ya, pudo dirigirse á la Suiza, adonde como hemos visto acababa de llegar.

Gisela escuchó á su amante con una emocion difícil de espresar, y luego que concluyó le refirió ella á la par sus aventuras: los amargos recuerdos que estas le excitaron, arrancaron una lágrima de sus ojos que Franklia se apresuró á enjugar, y los mas dulces y cariñosos afectos, dieron ensanche por algunas horas á su oprimido corazon.

Pasado aquel primer dia de placer, dieron principio los amantes á los preparativos de su union, siendo uno de ellos el de vender las haciendas que entrambos poseian en Normandia, para adquirir otras en Suiza donde pensaban establecerse: el digno sacerdote su tio cuyo lado no querian abandonar, se encargó de bendecir su enlace, y despues de arreglados los preliminares que se acostumbran en semejantes casos, la catedral de Ginebra recibió el juramento que hicieron los esposos de amarse siempre tiernamente.

Diez meses despues de este himeneo, nublabá el mas acerbo dolor las frentes de Franklia y de su tio. Gisela habia dado á luz una niña á la que habian puesto el nombre de Eladina, y este accidente que todos esperaban seria tan feliz, ocasionó la muerte de esta desgraciada que bajó á la tumba cumplidos apenas veinte y tres abriles, despues de una vida de pesares y de

lágrimas, y cuando empezaba à ver brillar *un rayo de felicidad*.

CAPITULO VII.

EL JURAMENTO.

Nada es comparable á la aficcion que llenó el alma de Franklia despues de la muerte de su esposa, la que fué atribuida por los facultativos á los largos padecimientos físicos y morales de aquella infeliz los que destrozando su alma debilitaren tambien su naturaleza. Arsenio sabia muy bien la causa de ellos, y esta seguridad que no le dejaba ninguna duda sobre su desgracia, acabó de desesperarle: cuando el alma se halla en el estado violento que le imprime la desesperacion, semeja á un mar irritado que no cabiendo en su furia ansia enviar sus espumantes olas á la próxima ribera y señalar en ella su soberbia ira; entonces es cuando el pecho del hombre mas ansioso de venganzas, busca un objeto donde esplayar su irrision, y sonrie con el orgullo del triunfo si lo llega á encontrar. Franklia se hallaba en este caso, y por lo mismo ciego en su encono, no tardó en hallar el objeto que buscaba en el mismo autor de sus males, y de sus lábios contraídos por la rabia y la desesperacion, salió la sentencia de muerte del señor de S. Jacques, y el juramento de odio eterno á la raza feudal!

Dominado por este pensamiento determinó el jóven normando partir á su pais para vengar la muerte de su esposa en la persona del baron, y hubiera llevado á cabo este funesto intento á no rogarle encarecidamente su tio que no abandonase á su tierna hija por un innoble deseo de venganza: el respeto que tenia al venerable sacerdote, contuvo por algun tiempo su anhelo, aunque no sin haber prometido solemnemente cumplir su juramento en el espacio de diez años.

Crecia en tanto Eladima, pura como una sonrisa de inocencia y bella como una ilusion de amor, siendo el embeleso de su pobre padre que exhalaba amargos suspiros, cuantas veces imprimia sus ardorosos lábios en sus frescas y sonrosas mejillas: en esta grata ocupacion se deslizaba lentamente su vida, y las inocentes lágrimas de la tierna criatura apagaban mas de una vez, el incendio que devoraba su corazon.

Siete abriles trascurrieron de esta manera, y era ya el octavo aniversario de la muerte de Gisela, cuando Franklia, cuya sed de venganza no se habia mitigado, determinó partir á Normandia á cumplir su terrible juramento: el anciano sacerdote su tio, poseido de la repugnancia que le inspiraba este viaje, trató de hacerle algunas objeciones que no escuchó, hasta que convencido de la inutilidad de ellas, propuso llevar á la niña durante su ausencia, al colegio de un convento del que él era confesor, convino Arsenio, y al tiempo de despedirse de su hija y tio, tomó la mano de la primera y la dijo con profunda conmocion.

— « Escúchame hija mia, escúchame con atencion, y no olvides jamás lo que vas á oir: voy á separarme de tí por algun tiempo para cumplir un sagrado deber: ¡el de vengar á tu madre! Voy á hundir mi puñal en el seno de su raptor, de su asesino, y á librar á la tierra de uno de los monstruos que mas la deshonran: tal vez perezca en la empresa y sea yo una víctima mas, pero suceda esto ó lo contrario, oye mi mas firme voluntad: tú serás con el tiempo jóven y hermosa como lo era la que te dió el ser: educada con primor, tal vez pretenda tu mano algun caballero, y entonces es cuando yo quiero, que mostrando la enerjía de la sangre de los Franklia: rechaces abiertamente su pretension, y le jures un odio á muerte. Mi bendicion paternal atraiga la de Dios sobre tu cabeza, si cumples

el deber que te impongo, y acompañete mi maldición si desoyendo mi precepto te arrojas fementida en brazos de un infame opresor!—

Las palabras de Arsenio pronunciadas con la mayor fuerza, aterraron á la pobre niña que las oía llena de pavor, y estas y la partida que le mencionaba, hicieron brotar gruesas lágrimas de sus negros ojos por las que vaciló un instante aquel en su determinacion: ya se lisonjeaba el sacerdote en conseguir su objeto, cuando observando de repente Franklia al besar á su hija, en la semejanza de sus facciones con las de su madre, recordó la obligacion que se habia impuesto, y arrancándose de golpe de sus brazos por no sensibilizarse mas, se lanzó á la parte de afuera, y desapareció de la vista de los dos con precipitado paso.

—«Oremos por él hija mia (dijo el anciano arrodillándose é invitando á la niña á hacer lo mismo) oremos por él, y que nuestras plegarias hallen gracia ante el trono del Eterno.»— La niña se arrodilló, y de sus inocentes lábios, salió la divina oracion que enseñó el mismo Dios al mortal, para que hiciese uso de ella en sus tribulaciones. La súplica de un alma pura fue oída del Criador, y conforme á los deseos del digno elesiástico, las manos de Franklia, no cometieron el meditado crimen. Dios no habia perdido de vista al malvado, y cuando Arsenio dejaba su casa para vengarse, le habia ya castigado: la ambicion de estender sus dominios le habia hecho declarar la guerra á un feudal vecino, y en uno de los choques que tuvieron, pereció atravesado por el agudo dardo de un montañés, dejando á la triste Lucinda de Namur viuda de treinta y cuatro años con dos hijos menores, y obligada á ceder á las ecsijencias del vencedor que cercenó gran parte de sus estados. Arsenio supo todo esto por boca de un labrador que no le conoció, merced á su larga ausencia, y viéndose vengado ya, por quien debia, regresó á Ginebra sin la mancha de asesino, ni el horror del criminal.

Escusado es decir el gozo del buen anciano al ver que habia oído sus preces el Todo-poderoso, y la alegría de Eladina á la vuelta de su padre, despues de seis meses de separacion: el cielo sin embargo no quiso que fuese duradera, y un año despues, cortó casi de repente el hilo de la vida del Franklia: en el instante de su muerte, repitió de nuevo á su hija, Suiza, y los preceptos que la dió al partir despues de encargar su cuidado al septuagenario sacerdote, volóá reunirse con su idolatrada esposa en la region de la verdad, despues de haberla sobrevivido nueve años.

CAPITULO VIII.

EL ESTRANJERO.

¿ Quien es aquella jóven de fresca tez y sonrosados lábios, que apoyada en la baranda de una ventana, dirige sus ansiosos ojos en rededor, como buscando un objeto que la interesa? Es una de las educandas del convento de S. Guillermo que espera á su protector para dejar el asilo donde ha pasado ocho preciosos años de su vida, y trasladarse á una casa de campo donde no eché de menos el silencio y la soledad de la clausura: es huérfana de padre y madre, y ahijada de un anciano sacerdote que vé retratada en su rostro la dulzura de una vírjen con la enerjía de un varon, y á quien conoce el convento con el nombre de Eladina ó la hija de Franklia.

A la muerte del infeliz normando, acaecida casi prematuramente, quedó la niña como hemos dicho antes encargada á su buen tio el que la llevó al colejo que indicamos arriba, para que atendiesen con esmero á su educacion: concluida esta y cumplidos los 16 años época en que salian del convento las educandas, debia ir el elesiástico por ella y trasladarse ambos á una quinta

situada en las orillas del lago de Ginebra, donde el octajenario anciano, confiaba exalar el último suspiro al lado de su bella pretejida.

Hacia cerca de dos horas que Eladina permanecía inmóvil en la ventana, cuando vió llegar á su buen tío con toda la lijereza que le permitia su edad, á llamar á la vieja portería: la jóven se plantó de una rápida carrera en la escalera, y desde allí, despues de recibir los tiernos abrazos de sus compañeras, y de la anciana superiora, se metió en el carruaje que condujo á ella y á su tío á su deliciosa quinta.

En esta encantadora mansion, empezaron á pasar puros y suaves los dias de Eladina, perfectamente ocupados por esta para evitar el fastidio de la ociosidad: constante admiradora de la naturaleza, saludaba con su arpa á la par de ella la venida de la aurora, y los melodiosos ecos de su voz, mezclados con el canto de los ruiseñores, corrian á perderse entre el mujir de las ondas del lago, y el fresco aliento de la perfumada brisa: despues, cuando el sol brillaba con todo su ardor, se entregaba en su habitacion á los quehaceres domésticos, hasta que la caída de la tarde, la invitaba de nuevo á preludear con su instrumento favorito, tiernos y armónicos conciertos: la noche la obligaba á retirarse, y durante ella al lado de su tío gozaba del placer que la inspiraban gratas y sabrosas lecturas, ó se agitaba vivamente su corazon y se inundaban de lágrimas sus mejillas si eran en vez de gratas, dolorosas y sensibles.

Entregados á las dulzuras de una vida casi patriarcal, vieron tío y sobrina desaparecer el templado otoño, para ceder su lugar al triste y nebuloso invierno. Pronto las elevadas crestas de los montes se cubrieron de blanca nieve; y las claras ondas del lago anunciaron la intensidad del frio en su nivea é irritada espuma: los pastores metian en sus queseras á sus numerosos rebaños, y la naturaleza desnuda de todas sus galas, parecia á los ojos del

espectador un panteon de esqueletos.

El viento zumbaba con violencia al través de los pintados vidrios de las ventanas, y entre los negros y cargados nubarrones, asomaban de vez en cuando los relámpagos precusores de la tempestad: mugian las ondas con bravura impulsadas del récio vendabal, y los antiguos pinos de los bosques próximos á sucumbir, formaban un sordo y prolongado ruido que demostraba la guerra de la naturaleza: era en fin una horrorosa noche de Diciembre, caía el agua y la nieve con profusion, y en la quinta dó vivia Eladima, se elevaba una plegaria continua y uniforme por cuantos habia allí reunidos, pidiendo misericordia á Dios.

De repente tres golpes fuertes y dados con premura á la puerta de la casa, interrumpieron la oracion de sus habitantes, haciendo levantar al criado para abrir á los que así llamaban: giró la pesada puerta sobre sus goznes, y dos marineros calados de agua y lleno de fatiga entraron por ella conduciendo en hombros á un jóven y agraciado náufrago: pidieron por el dueño de la quinta, y el benigno sacerdote salió á encontrarse con ellos uno de los cuales le dirijió así la palabra.

— «Padre capellan, un navío que surcaba las aguas de este lago y que era procedente de Ginebra, acaba de naufragar á impulsos de la tempestad contra estos escollos, y á los gritos dolorosos de sus pasajeros, hemos dejado nuestras cabañas y acudido á su socorro. Apesar de todos nuestros esfuerzos, solo hemos podido salvar el que llevamos aquí fiados en vuestra bondad, para que os sirvais darle por ahora asilo: dignaos pues admitirle, aunque no sea mas que por cumplir con vuestro ministerio, y quiera el cielo recompensaros tan buena accion

— « Venid aquí hijos míos, (contestó el sacerdote) y dejad en ese banco al infeliz que habeis librado de la muerte: el encargo que me haceis me es sumamente grato, y yo os doy gracias

por haberos fiado de mí : tomad , tomad esta corta cantidad que os doy por recompensa, y que os pague el cielo lo demás. »—

— « Dios os bendiga » — contestaron los marineros, y salieron de la casa despues de dejar en ella al extranjero.

Largo rato hacia que se hallaba el náufrago en el banco del lado de la chimenea, cuando empezó á moverse lentamente à favor del calor que allí reinaba : atenta Eladina á sus menores acciones, se levantó al observarlo, y aplicó á sus lábios una bebida eficaz, que le volvió nuevamente á la vida, teniendo todos el gusto de verle incorporarse sobre su momentáneo lecho, media hora despues de haberla tomado: al volver en sí paseó sus miradas con sorpresa por toda aquella estancia, y dominado por la curiosidad, preguntó á los circunstantes donde se hallaba.

El sacerdote le refirió con amabilidad como habia sido conducido allí, y la oferta que tenia hecha de servirle de huésped hasta su recobro : enternecido el extranjero les refirió à su vez que era procedente de Normandia, y que la profesion de armas que ejercia, le habia conducido à visitar la Francia y la Suiza de la que pensaba pasar à Italia: la vista del hermoso lago de Ginebra, le excitó á navegar por él, y en su travesía fué donde juguete de los vientos, se estrelló la nave contra las rocas, debiendo al esfuerzo de los dos Ginebreses la conservacion de su existencia.

Eladima escuchaba con profunda conmocion la interesante narracion del naufragante, y la espresion conque la acompañaba vencia y dominaba su corazon: al oir que era procedente de Normandia, renació en su mente el recuerdo de sus padres, y una lágrima furtiva se desprendió de sus ojos con dolor, mientras inclinaba en el pecho su melancólica frente.

CAPITULO IX.

EL SACRIFICIO.

Habia desaparecido ya el invierno : la florida y risueña primavera coronada de vistosas flores volvia á embellecer los campos, y los impetuosos torrentes que cruzaban la montaña, arrastraban en su corriente pesados carámbanos : la naturaleza se preparaba á la vejecion, y entre el naciente follaje de los majestuosos árboles se veian brillar como una diadema de cristal, los límpidos y trasparentes yelos : cruzaban de nuevo el sereno lago graciosas embarcaciones, y la blanca, faja conque le ceñia el invierno, se habia transformado en una cinta bellisima y azul : cantaban las aves en la floresta, y todos aquellos valles, llenos de una dulcísima armonia, parece querian mostrar en sus acentos, el dedo inmutable del Criador.

Era la caida de una apacible tarde de abril : el sol habia ocultado ya su ardiente disco, y el lucero precursor de la noche, empezaba á esparcir su dudosa claridad sobre los valles vecinos à Ginebra : rizaba el céfiro blandamente las movibles ondas del lago, y la argentada luna asomaba su casta frente en el inmenso espacio convidando al amor y la melancolía : dos sombras confusas y ligeras, cruzaban en aquel instante un bosque de vistosos plántanos, dirigiéndose hacia una casa pintoresca situada al extremo de él. De pronto cambiaron de rumbo, y fueron á sentarse à una gruta deliciosa, que besaban las olas, y donde el silencio y la soledad que reynaban, les quitaba el temor de ser interrumpidos : apesar de la opaca luz del astro de la noche distinguíase claramente que eran un hombre y una mujer los que allí se dirijian : el primero, hizo sentar à su compañera, y despues de hacer él lo mismo, la dijo à media voz.

—« No quiero que me culpeis de falta de cariño , ni que interpreteis mal mis pensamientos: os amo , y voy á manifestarlo : guiado de un impulso de entusiasmo , quise inventar hace tres años , el medio de descubrir si la mujer que se enlazaba conmigo en algun dia , lo hacia por amor ó por interés , y con este fin , juré no decir mi verdadero nombre hasta el mismo pié de los altares , persuadido que la que daba su mano á un desconocido solo lo hacia por amor : el cumplimiento de mi promesa , es lo que me ha hecho resistir á las insinuaciones de vuestro tio , y á vuestros interesantes ruegos : Pero ahora , dominado enteramente por vos , y no conociendo que mi vida depende de este enlace , voy á quebrantar mis votos por complaceros , aunque atraiga en perjuicio sobre mi cabeza las maldiciones de Dios—»

Calló , dichas apenas estas palabras , esperando contestacion : los ojos de la jóven que no era otra que Eladina se llenaron de lagrimas , pues solo por los consejos de su tio importunaba tanto á su amador : el anciano sacerdote habia conocido desde los primeros dias , el amor del náufrago á su sobrina y la correspondencia de esta y en lugar de contrarrestar su mutúa pasion , él mismo la habia fomentado con su amabilidad , en los cuatro meses que le tenia en casa , sola una cosa le inquietaba , y era que el extranjero que se designaba solo con el nombre de *Oscar* , no habia declarado ni su apellido ni su familia , ántes ni despues de pedir la mano de la doncella , que lo hizo á los tres meses de hallarse allí : convencido del prestigio que como amante tenia la jóven en él , habia cometido á ella el encargo de preguntárselo , y este era el objeto de lá conferencia que dijimos ántes , por la que Eladina le dijo despues de una profunda meditacion.

—« Respeto como vos los juramentos , y sacrificaria á ellos mi felicidad , pero no me atrevo á unirme á un hombre desconocido : hablad ó renunciad.»

— « Pues bien hablaré (contestó el

mancebo) apesar de mi promesa , pues vuestro amor sobrepuja á lo demas , No menti cuando dije que era natural de Normandía ni tengo otro nombre que el de *Oscar* , pero me resta decir que soy hijo del noble Rodolfo de San Jacques y de la ilustre Lucinda de Namur , y único heredero del Castillo y los estados que daban nombre al primero : mi hermano murió hace poco , y mi madre aunque viuda y solitaria , no ha querido privarme del placer de buscar en estraños climas , la gloria de las armas.»—

Un rayo que hubiera caido á los pies de Eladima , no le hubiera hecho tanto efecto como esta terrible revelacion : el precepto de su padre , el juramento que habia prestado , y la idea de ver en su amante al hijo del verdugo de aquel , hirieron con tal fuerza su imaginacion , que aterrada convulsiva , fluctuando entre el amor y el deber , y no hallando mas recurso que la fuga , se levanto precipitadamente , pronunciando maquinalmente estas palabras.

—« ¡ Noble ! ¡ San Jacques ! ¡ Hijo del baron ! ¡ Me ama ! ¡ le amo ! ¡ No puede ser ! ¡ El juramento ! ¡ La maldicion ! ¡ Mi deber ! ¡ todo me aparta ! ¡ Pero mi amor , su amor , mi felicidad ! ¡ Dios mio compadeceos de mí ! »—

Estas incoherentes palabras , la horrible contraccion de sus miembros y el delirio pintado en su semblante , dejaron mudo de asombro al pobre Oscar , que no sabia á que atribuir tan estraña mudanza , la lucha que se habia trabado en el alma de aquella desgraciada era tan cruel , que la hizo perder los sentidos , y fué preciso que él se valiese del auxilio de dos marineros para traerla á su casa donde su tio comprendió por la relacion del caballero la causa de su desmayo. Vuelta en si al cabo de algunas horas serena impasible pero desesperada y llena de dolor , aunque inmutable en la resolucion de cumplir su juramento , declaró al caballero que renunciaba á su mano por deber , aunque fuese á trueque de mo—

rir de pesar : ni las súplicas, ni la aflicción y muda desesperación de su amante, la hicieron cambiar de pensamiento, aunque prometiéndole en prueba de su amor, huir para siempre al seno de alguna espantosa soledad, y terminar sus días en ella lejos del mundo y de los hombres : cansado de rogar, y presa del más atroz delirio, huyó el enamorado caballero de aquel sitio tan fatal para él, y Eladina después de restablecida, sin atender á los consejos de su tío, se fué á vivir á una pequeña quesera en medio de los montes al cantón delicioso de Vaud.

La suerte del desventurado Oscar de San Jacques, permaneció ignorada desde entonces, y nadie llegó á saber si la desesperación había puesto fin á su vida, ó si imitado á su amada se había retirado como ella á algun ignorado desierto : respecto á la doncella, ya habrá adivinado el lector que es la misma *Solitaria* de quien hacemos mención al principio, y cuya historia desgraciada hasta ahora, continua en los capítulos siguientes.

CAPITULO X.

EL VIAJERO.

El seco y aterido invierno había sentado su horrible trono en la antigua Helvecia, y los ábregos destructores, arrasaban con su irresistible fuerza los más corpulentos árboles : caía la nieve á grandes copos por las noches, y reinaba durante el día un vientecillo sutil que transformaba el agua de los torrentes en una durísima masa de hielo : hallábanse casi sepultadas las queseras, y la cabaña de la hermosa *Solitaria* tan blanca como los objetos que tenía en derredor, estaba amenazada de un alud.

Sentada al lado de una pequeña chimenea, en cuyo hogar ardía un tron-

co de una añosa encina, estaba la triste hija de Franklin, callada y meditabunda, reflexionando con dolor que era ya la quinta vez que veía dominar el invierno en aquella muda soledad : regaban lentamente las lágrimas sus pálidas mejillas, y el silencio que reinaba en su morada interrumpido solo por el bramido de los vientos, contribuía á aumentar la melancolía que dominaba su corazón. De pronto un sonido vago é indefinido al principio, pero agudo y vibrante después, fué á mezclarse con el silbido del recio vendabal, que azotaba aquella noche los contiguos montes : paró Eladina el oído, y acostumbrada como estaba á escucharlo en aquella estación, no tardó en conocer que era la campana del monte de S. Bernardo, agitada por algun viajero perdido, la que producía aquel eco : su alma se oprimió entonces por el pesar, al considerar el peligro de aquel infeliz, y postrándose de rodillas, invocó en su auxilio la poderosa bondad del Eterno.

Cerca de una hora había transcurrido después de su oración, y ya hacía largo rato que no se oía la campana, cuando el susurro de varias voces humanas que se iban aproximando al parecer, llenó de sobresalto su corazón : escuchó atentamente por ver si averiguaba su dirección, y no tardó en persuadirse que se acercaban á su retiro, mayormente, al oír que golpeaban la puerta con muestras de impaciencia : dudaba la jóven en responder, cuando los de fuera que conocieron su miedo por el silencio que guardaba, la apostrofaron de esta manera. — « Abrid, abrid, piadosa *Solitaria* que aquí traemos un infeliz que se ha extraviado en la nieve y á quien hemos encontrado guiados como siempre del sonido de la campana : nuestras queseras están demasiado lejos para traerle á ninguna de ellas, y por eso venimos á pedir un refugio en vuestra casa. » —

El temor de una sorpresa tenía indecisa á la jóven sobre lo que debía

hacer, pero la piedad venció su entereza, y abrió la puerta de su mansion; los compasivos habitantes de la Suiza no la habian engañado, pues al entrar vió que traian en una camilla de ramas y sobre sus hombros, à un jóven de bella y graciosa faz, y de negra y flotante cabellera: al verle tendido en ella, pàlido, con los ojos cerrados y casi yerto de frio, cualquiera le hubiera tomado por una estatua de marmol, acabada de salir de las manos de un hàbil escultor.

— « Ponedle en una cama, dijo uno de los aldeanos à la doncella, y cuidad de que haya allí cerca un fuego lento, para que reciba poco à poco la impresion que causa el mudar de temperatura; si lo hicieseis de otro modo le matariais. Nosotros os dejamos con él, pues ya hemos cumplido con nuestra parte, ahora terminad vos la obra. »—

Alejàronse los montañeses dichas apenas estas palabras, y quedó sola Eladina con el recién llegado, despues de haberle hecho colocar ella misma, en el lugar que le designaron. ¡ Cuantas y cuan amargas ideas llenaron el pensamiento de aquella pobre víctima del deber, al encontrarse en una situacion tan parecida à la de cinco años antes cuando recibió su tio al naufrago baron! ¡ Cuan clara se presentaba à su mente la gallardía de aquel, al contemplar la hermosura de este! Aquel era un Aquiles este un Adonis: aquel un caballero este un doncel: aquel era un guerrero, este un trovador, pues por tal le designaba el arpa que junto à él habian encontrado entre la nieve. Eladima le miraba con interés, y apesar suyo su alma se complacia con la vista de aquel desgraciado.

Pasadas algunas horas de silencio y de quietud, vió la bella con emocion volver lentamente en sí à su hermoso huesped, y mas tarde incorporarse en el lecho y dirigir à ella sus ojos con asombro: bajó la doncella los suyos, y por espacio de algunos instantes,

permaneció trémula y agitada sin atreverse à levantarlos: dominados por su irresistible curiosidad, el mancebo se volvió hácia ella y le dijo conmovido.

— « Muger ó ángel, ¿ que feliz acaso me ha sacado del horroroso abismo en que yacia, volviéndome à una vida que ya juzgué perdida? ¿ Quien me ha conducido à vuestro lado?— »

— « Los filantrópicos habitantes de esta comarca que atraidos del bronce salvador, os han librado de una muerte cierta, y conducido aquí para que os restablezcan mis cuidados. »—

— « ¡ Vuestros cuidados! ¡ Estar encomendada à una belleza tan divina! ¡ Deber mi salvacion à un ángel como vos! ¡ Ah! ¡ Bendito mil veces el azar que me ha puesto en este sitio, ya que gozo por él vuestros benéficos consuelos! »

— « Yo tendré un placer en servir de algun bien, pero aun mas le disfrutaria, si supiese la causa que os ha traído à este lugar, y los principales sucesos de vuestra vida. »—

— « Mi vida señora no ocupa mas que unas cortas palabras: yo he nacido en las cercanías de Aviñon, y el mas crudo peso que oprime mi alma, es el no tener ni un hombre ni una familia que pueda darme lustre y esplendor; nunca el beso de una madre ha sellado mis mejillas, ni los consejos severos de un padre han dirigido mi juventud: flor nacida en desierto arenal, jamás me oreó la brisa de la esperanza ni el rocío de ventura fructificó mi tallo, y el ardiente sitio de las pasiones, secó mis hojas con su aliento destructor: solo el laud que veis aquí, tabla para mi de salvacion, es el único consuelo que me ha concedido el cielo, y enervado en sus dulzuras, he corrido errante y viajero por el célebre suelo de la Bretaña, por la estensa Alemania y la hermosa Francia, é impulsado de mis deseos he querido ver la encantadora Suiza para pisar despues la deliciosa Italia: bello este pais como un risueño Edén, ha exaltado mi mente con sus encantos, y la alegría

que me posee hubiera sido enteramente grata, à no turbarla el accidente que me ha estraviado esta noche, entre las asperezas de los montes contiguos à San Bernardo: el desenlace de este ha sido tan embargo tan feliz por merecer vuestro hospedaje, que no puedo menos de mostrarse grato al Dios que me ha librado. —»

Eladima contestó con una sonrisa de amabilidad à las dulces palabras del trovador, y una lágrima furtiva se deslizó entre sus largos y negros párpados; un sofocado suspiro salió de su pecho, y dolorosamente oprimida por punzantes recuerdos, cayó su hermosa cabeza sobre el seno, como cae el cáliz de una flor que ha tronchado el huracan.

CAPITULO XI.

LA VUELTA A GINEBRA.

Reinaba aun en Suiza el horroroso invierno, y los pintorescos valles que la embellecen, yacian cubiertos de una espesa capa de nieve: brillaba el sol pálidamente al través de amontonadas nubes, y la naturaleza es una completa inaccion, parecia un gigante dormido sobre un lecho de yelo.

Habia trascurrido cerca de mes y medio desde la llegada del trovador à la mansion de la *Solitaria*, y una dulce intimidad se habia entablado entre aquellos dos seres, unidos por el acaso en tan agreste soledad, su cariño era tan puro como su alma y tan tierno como su corazon. Eladima amaba à su huesped como se ama à un hermano, como se ama à un amigo en quien tenemos mútuas simpatias. *Ernesto*, amaba à la doncella con un amor firme, enérgico y vehemente, con un amor inspirado por los encantos de una mujer que à mas de ser perfecta era su ànjel salvador: amaba por primera vez,

y cualquiera que sepa lo que es amor, conocerá la fuerza que tiene un afecto que halla vírjen al corazon: el pobre mancebo sin embargo, no tenia por consuelo mas que una débil esperanza. su lira habia declarado à la bella su pasion, cantigas melancólicas habian demostrado sus pesares, pero aquella que le dispensaba tantas sonrisas de benevolencia, no le dirijia ni una mirada de amor: el apasionado jòven se desesperaba al ver la constancia de la *Solitaria* (pues esta instigada por él le habia referido su historia) y envidiaba la suerte del *Oscar* que tanto habia sabido interesarla: una mañana, sentados ambos al lado de una reja à cuya altura no habia llegado la nieve, contemplaban asombrados el magnífico espectáculo que se presentaba ante sus ojos, y atraida por él la doncella, dijo volviéndose al trovador.

— ¡Cuán bello panorama Ernesto el que aquí se presenta à nuestra vista! ¡Cuán grato seria para mí, habitar bajo este hermoso cielo, sino hubiese traído à él un pecho desgarrado por la desesperacion y lacerado por punnantes recuerdos! ¡Ah! en estos sitios encantadores, no debia morar nunca el dolor, y las aguas de sus torrentes, debian como los del fabuloso *Letheo* inspirar olvido. —

— « Sí, olvido debian inspirar como inspiran amor, y seria yo amado de vos, como vos sois amada por mí: bella Eladina, con una compañera como vos en este delicioso clima, seria yo tan completamente feliz que no trocará este retiro por las fastuosas mansiones de los reyes: aquí, bajo este firmamento de zafir, al lado de estos bosquecillos tan floridos en la primavera, vuestra arpa se mezclaria con mi lira, vuestra voz con el murmullo de estos arroyos: aquí, ignorados como el aromoso lirio que nace al lado de una fuente, nadie sino los dos aspiraríamos nuestros perfumes, y semejantes à aquellos pájaros extranjeros que se lanzan al espacio en busca de un nuevo pais que les acoja, nosotros extranjeros

tambien , fijaríamos nuestro asilo en la hospitalaria Suiza : tan tolerante como apasionado , yo os dejaria suspirar por vuestro amado *Oscar* , y no extjiria de vos mas que la mitad de ese amor que abraza mi pecho : ¿ y no lograré jamás poseer en parte vuestro tierno corazón ? » —

— « ¿ Y qué adelantariais con poseerle ? ¿ Puedo acaso ofrecer como vos , un corazón libre de todo afecto , en donde arde la primera llama ? ¡ Ay ! El corazón que anhela crudamente ulcerado por la suerte no tiene fuerzas para amar : los sufrimientos le han desgastado , y sobre las cenizas de una pasión devoradora , no prenderá el fuego de un nuevo amor. Ernesto , el llanto ha hundido mis mejillas : y la aflicción ha doblado mi cerviz : mi alma , abatida en fuerza de su dolor , no conserva otro sentimiento que el de la piedad , y á la que me inspiran vuestros amores , debeis el fraternal coriño que os profeso , único que os puedo conceder. » —

— « ¿ Y no habrá medio de curar vuestras llagas ? ¿ No podrá el ardor que me consume reanimar el fuego que oculta vuestro pecho debajo de sus yertas cenizas ? » —

— « Imposible hermano mio imposible : para mí no hay porvenir , y cuando falta este y la esperanza , la vida no es mas que un leve paso que nos separa de la tumba. » —

Los ojos del trovador se llenaron de lágrimas : las últimas palabras de Eladina habian dado un golpe mortal á sus deseos , y ya se sabe cuan cruel es el instante en que se pierde la postrema confianza.

Un hombre montado en un mulo del país , paró á la puerta de la casita : poco despues de este diálogo. Sobresaltada la doncella al conocerle abrió apresuradamente su estancia , y el nuevo huésped se introdujo en ella con la mayor agitacion , mientras le dirijia su dueña estas palabras.

— « ¿ Que ha ocurrido Anselmo ? ¿ Porque vienes con tanta priesa y en tan

cruda estacion á buscarme ? ¿ Como está mi tio ? ¿ Què es lo que quieres ? »

— « Vuestro tio señorita se ha retirado á Ginebra á pasar el invierno , por temor que si permanecia en la quinta alterasen los frios su salud , pero siendo ya casi nonajenario , su naturaleza se ha descompuesto por la edad , y esia en visible peligro de perder la vida : en tal trance , no ha querido pasar sin verros , y me envia para que vengais conmigo á recojer su último suspiro. » —

Eladina cayó aterrada en una silla al oir esta noticia , último golpe que debia sufrir , y solo despues de algunos momentos , la necesidad de partir , la forzó á levantarse y hacer los preparativos de marcha : Ernesto se ofreció á seguirla y acompañarla , y ella que necesitaba entonces sus consuelos , admitió la oferta con todo su corazón.

Dos horas despues habian emprendido ya el viaje : este fué largo y penoso por la crudeza del tiempo , y Eladina lo pasó llorando y con el mayor afan : al cabo de tres dias de marcha , llegaron de noche á Ginebra , y vió la jóven con emocion la casa que la albergó en su infancia , en la que estaba tan patente la memoria de su padre : entraron en la sala dó yacia el anciano , postrado en su lecho de dolor , y conmovida á su vista venerable , se arrodilló al lado de la cama , diciéndole con tierna efusion.

— « ¡ Padre mio ! » —

— « ¡ Hija idolatrada ! » — Contestó el anciano alargándole una mano que ella le besó.

— « Vedme aquí de vuelta á vuestro lado (prosiguió la jóven) pronta como siempre á sacrificarme por vos : en medio del pesar que me causa vuestra enfermedad , tengo al me-

nos el consuelo de veros, y mi dicha mas perfecta seria el poder prolongar largos años vuestra vida. » —

— « Lo sé hija mia, y mi mayor placer, lo que mas templa mi pena en estos momentos, es el verte tan bella y cariñosa como siempre, acudir á mi lado con amor: yo te bendigo hija querida, y si el cielo oyese mis votos, no me arrebataria de este suelo miserable, sin depararte primero un protector. » —

Ernesto recojia con avidéz las palabras que vertía el sacerdote, y dominado por su amor, procuró sacar partido de ellas, como veremos en el capítulo inmediato.

(Se concluirá.)



TEATROS.

Como ya dijimos en el pasado número, la sociedad dramática de la Talia ejecutó *Bandera contra Bandera* comedia en tres actos y en verso de nuestro director D. Victor Balaguer.

Esta comedia que pertenece á un genero medio entre el de capa y espada y el romantico gustò en extremo á la brillante reunion, que se agolpó en aquel teatro atraida por la nombradía del autor y por trabajar en ella la señorita Samaniego (D^a. Joaquina). Corrió la ejecucion á cargo de los Sres. socios Coll (D. Narciso) Prats, Trulls, Villahermosa, Roig y demás. A no haberlo presenciado no hubieramos creido el lujo que se desplegó para ponerla en escena. La decoracion del segundo acto trabajada espresamente para esta comedia por el jòven artista Don José Grau fue muy aplaudida llamandose á la escena á su jòven autor.

La Señorita Samaniego, á cuyo cargo estaba el papel de D^a. Leonor manifestó

en su desempeño conocimientos y buena disposicion, nos admiro que una niña de 14 años pudiese comprender un caracter complicado como el de una hija juiciosa pero enamorada luchando con los sentimientos de hija y de amante. Aquellos sentimientos de amor y odio de orgullo y terror fueron espresados por dicha señorita como pudiera hacerlo una aventajada actriz. El público la aplaudió é hizo mas, tributò á su distinguido merito una corona y la poesias que insertamos á continuacion de este artículo.

El Sr. Coll (*D. Juan de Austria*) nos retrato la bizarria y sumision de un galan español á par que el orgullo y valor del guerrero.

El Sr. Prats (*Felipe segundo*) comprendio bien su papel dandonos una idea exacta de D. Felipe cuando es un simple caballero y cuando ostenta los timbres de un rey de España.

El Sr. Trulls (*D. Luis*) desempeñó con acierto su papel y los Sres. Villahermosa y Roig comprendieron perfectamente los suyos respectivos.

Concluida la funcion se llamó al autor á la escena. Repetidos fueron los aplausos que obtuvo durante la representacion, mas el entusiasmo que al final se apoderó de los concurrentes rayó en frenesí y entre las mas vivas aclamaciones se le arrojaron dos coronas con la octava que mas abajo insertamos.

El éxito de esta comedia fué completo, el triunfo de su autor magnífico y entre las noches hermosas de sus triunfos, no hay duda que puede contar la del trece como una de las mejores.

Nos place insertar á continuacion lo que sobre esta comedia dice el *Semanario pintoresco español*, periódico que publican en Madrid algunos distinguidos literatos.

« Nos hacemos un deber de justicia en tributar nuestros aplausos y nuestros elogios, á la comedia en

tres actos *Bandera contra bandera*, primera produccion de la Biblioteca dramática que se publica en Barcelona, y que ya hemos recomendado á nuestros numerosos suscritores. Aun cuando su autor, nuestro buen amigo el Sr. Balaguer, en otras producciones del mismo género, nos habia hace tiempo revelado sus dotes brillantes para poeta dramático, en *Bandera contra bandera* ha ratificado nuestro juicio, y nos obliga á decirle que parándose algun tanto mas en los argumentos, logrará ponerse al nivel de nuestros primeros dramáticos de la época. Estas líneas no han sido inspiradas por la amistad que nos une al joven director del *Genio*, sino por la simple lectura de su última produccion á la que remitimos á todo el que dude de nuestro juicio. — R. de V. y S.

Estas líneas honran sobre manera á nuestro amigo y en su nombre nos creemos obligados á dar á su autor las mas sinceras gracias.

F. de P. F.



A D. VICTOR BALAGUER,

con motivo de la representacion
de su comedia,

BANDERA CONTRA BANDERA.

Marcha á tocar el fin de esa carrera,
Que á la inmortalidad tus pasos guia...
Sí acá en el mundo con torpeza fiera:
Borrar logra tu nombre envidia impia,
No desalientes, no: lucha y espera,
Que sobre el marmol de tu losa fria,
Al resplandor de tu divina gloria
Tu inmortal nombre grabará la historia.

Serafinito Garibay.

A D^a. JOAQUINA SAMANIEGO

en la comedia *Bandera contra Bandera*

DE

D. VICTOR BALAGUER.

Se nace al mundo y la tranquila frente
Sueña en visiones esperanza pura,
Y la muger contempla allí riente
Dos fantasmas la gloria y la hermosura.

Sobre tu corazon llegó la aurora
De grata juventud, y tan hermosa
El cielo te formó, que encantadora
Reyna te llama amor tierna y dichosa.

Buscaste actriz los lauros anhelante
Y diote el drama esplendida victoria,
Y te vimos gozar desde ese instante
A par de la hermosura de la gloria.

G. A. L.



SONETO

A mi amigo D. Gregorio Amado
Larrosa.

Diz que es difícil un soneto ! Sea,
mas yo encuentro que á veces viene al ca-
unque de consonantes se halle escaso (so,
y aunque no encuentre nadie que lo lea.

El contestar á alguno se desea ?
Pues bien pronto se sale de un mal paso
con cuatro nombres arrastrar en *aso*
y tirar por el pelo á cuatro en *ea*.

Yo soy así, Larrosa, caprichoso,
nunca hice el trovador, jamás el oso,
y si al soneto el cuerpo muchos le huyen
yo no, por que me gustan los aprietos
que lo mejor que tienen los sonetos
es que catorce versos los concluyen.

Victor Balaguer.



NOTICIAS VARIAS.

El Sr. D. Wenceslao Ayguals de Izco sabemos que está escribiendo una novela con el título de *Maria, la hija de un jornalero*. Propónese el autor descubrir las costumbres madrileñas, las fiestas y grandes acontecimientos políticos ocurridos desde de la promulgacion del Estatuto y parece que la idea dominante del Sr. Ayguals es escribirla en favor de las clases menesterosas, descorriendo el velo que sirve de máscara á crimines no pequeños de gentes encopetadas.—La aceptacion que ha tenido hasta hoy dia todo lo que ha sido debido á la pluma del autor que nos ocupa, nos hace creer que esta novela será recibida con placer proporcionando un nuevo lauro á su entendido y acreditado escritor.

Hemos recibido el tomo 4.º del *Cancionero del pueblo* que contiene la novela *un secreto á voces* del Sr. Villergas y los negros drama en verso del Sr. Ayguals. Tambien hemos recibido el n.º 5.º del *Fandango* periódico que de dia en dia se acredita mas y mas.

Recomendamos la obra *Manual práctico de magnetismo animal* de Alfonso Teste, traducida y reformada por los Sres. Cubi y Pers: Creemos que será cosa digna de estudiarse y leerse, mayormente si se le añaden algunos casos de los muchos que ha observado el Sr. Cubi en los estudios que esta ciencia ha hecho.

En el teatro de Santa Cruz y en el Nuevo se ha puesto en escena la opera *Hernani* del maestro Verdi. En ambos se han distinguido los cantantes á cuyo cargo ha estado la ejecucion; pero esceptuando el Sr. Superchi debemos decir que ha salido mejor en el teatro nuevo.

El Sr. Montaña ha puesto en escena *Los amantes de Teruel* arrancando algunos aplausos y en Santa Cruz se ha egecutado *un rebato en Granada* que aunque con muchos defectos no merecia ser tratado tan mal por el público y por el articulista de teatros del *Fomento*. Mucho contribuyó tambien á su mal exito la mala reparticiou de papeles, no obstante que fué egecutado por los actores con acierto.

En uno de los teatros de la Corte se está ensayando para egecutarse á la mayor brevedad el drama de nuestro amigo don Ramon de Valladares: *Para un traidor un leal*. Tenemos buenos informes de esta obra, y creemos que proporcionará un nuevo lauro al autor de *Dios y el hombre*.

El último concierto dado por la sociedad filarmónica en nada ha desmerecido de los otros, y aun les ha aventajada si se quiere, pues en él ha tomado parte el célebre Liszt. Esta vez recogieron abundantes aplausos las Sras. Arnau de Piña y Mainer, y los Sres. Lluch Ciabatti y otros, cuyos nombres no tenemos presentes.

En el teatro de Santa Cruz se disponen *Los hijos de Eduardo*, en cuyo drama parece tomará parte la Srita. D.ª Joaquina Samaniego de cuyo mérito hablamos en este mismo número.